

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 11 de Agosto de 1898

Núm. 403



Entre bastidores. — ¡Si me descuido no bailo Coppelia!



Clak amigo: ¿No sentiste en algún momento de tu vida impulsos de maltratar con fiera saña á cuantos encontrabas al alcance de tu mano? Y luego, cuando has notado que tus puños no eran bastante potentes para servir de auxiliares á la idea, ¿no te ha invadido el desaliento, acabando por sentir deseos de escupir al cielo para saborear el placer estúpido de escupirte á la cara?

He ido á los toros ayer, porque me llevaron á remolque circunstancias imperiosas que no hacen al caso; toreaban las señoritas (á cualquier cosa se llama señoritas en este fin de siglo) y la empresa esperaba alcanzar «un éxito de taquilla» con la novedad.

El calor era sofocante, el sol quemaba, convidaba la tarde á estar en lo más espeso del bosque ó en el jardín, al lado de la persona amada ó del amigo querido, para discurrir al antojo, filosofar, entonar canción de amores á la vida, ó entregarse á serias reflexiones, puesto que tanto tenemos que pensar en cosas que son de vida ó de muerte para nosotros.

Iba en deplorable estado de ánimo, abatido, como si asistiese al entierro de algo muy querido para mí, y en efecto, creo que ayer tarde quedó sepultado el sentido común.

Creí, sin embargo, en que tal vez al llegar á la plaza experimentaría placer grande; supuse, que habría ido poca gente: centenar y medio de personas en total, que aguardarían con paciencia, dispuestas á presenciar el bárbaro espectáculo; figurábame que aun había en el pueblo español algo grande y humano; que tras las guerras, tras haber muerto la flor de la juventud española (llenándonos de gloria, es verdad), no habría hombre en esta baja tierra capaz de divertirse, de ir á vociferar como energúmeno, dispuesto á armar motín por si un toro es defectuoso, ó si el matador no les satisface.

¡Cuán engañado estaba! La gente que no sabe reunirse para protestar, el populacho este que no sabe sentir, llenaba la plaza: cerca de *dieciocho mil* PERSONAS fueron allí á gozar, sin que las desgracias que nos afligen les importasen un bledo. Se habían consumido las localidades.

Desde que llegó el presidente á la plaza, comenzó el escándalo. Habíase retrasado algunos segundos y el público le recibió á silbidos. Después... lo de siempre, y algo más: gente que tira botellas al redondel, porque el torero ó torera no se acerca al toro tanto como quisieran ellos; frases gordas, tan gordas como las que he oído pronunciar más de una vez en el Congreso de diputados; palabrotas

indecentes á las *señoritas*... ¡Si vieras cuánto me acordé de ti!

Tú sueñas en la regeneración de la patria; esperas el hermoso sol que ha de alumbrar nuestra dicha; crees en que el día de la gloria está cercano, tanto, que te figuras ver los tenues resplandores de la sonrosada aurora; supones que aun hay fuerzas é inteligencia en este pueblo decrepito... ¡Cómo se conocé que no has ido á los toros!

Las pocas energías que nos quedan se pierden en la plaza silbando, vociferando... lo que tú aguardas es utópico, no puede llegar; los españoles somos poco ambiciosos, miramos al cielo y nos alegramos de que continúe como siempre: azul; pensamos en la tierra y nos basta con que haya corridas, y músicas en los paseos; nada nos importa ver aquella mujer, impulsada por el hambre, caminar hacia el mercado de la carne podrida: es hermosa y puede ser instrumento de placer; insensiblemente nos vamos encanallando, tenemos lo que merecemos y... bella es la vida.

¡Cómo me reí de nuestras conversaciones formales, de nuestras esperanzas!

Si aquel público, sin sentimiento alguno noble, nos oye alguna vez, con seguridad que nos silba creyéndonos locos.

Y ¿esperamos nosotros la regeneración de la patria?

Locura. Un pueblo así no puede regenerarse, fáltanle savias vivificadoras y

la tierra está cansada de dar flores,

como ha dicho Campoamor.

En este momento recibo la visita de algunos amigos, gente joven, robusta y potente. ¡Si hubiera muchos como éstos!

Lo primero que se me ocurre es preguntarles por la corrida de ayer: ninguno ha ido y protestan indignados de que se divierta el pueblo cuando sobre él pesan tantas calamidades.

Pienso en una cosa, Clak querido, que me hace feliz: estos amigos hundirán la azada sin cansancio, como nosotros, hasta hacer fructífera la tierra.

El cielo continúa azul; no se ha perdido todo y, sin embargo, siento vaga tristeza al contemplar de cerca á estos jóvenes que, con la alegría en el alma, son pedazos del Cristo moderno.

RUILOP



Fot. A. Garroena.

— Mal gusto tiene si no se enamora de mí.

Epigramas

El destrozado Gaspar
dice siempre sin ambages,
que tiene dos ó tres *trajes*
en casa *sin estrenar*.
Y son sus humos fundados,
como la malicia prueba,
porque los *trajes* que lleva
suele comprarlos usados.

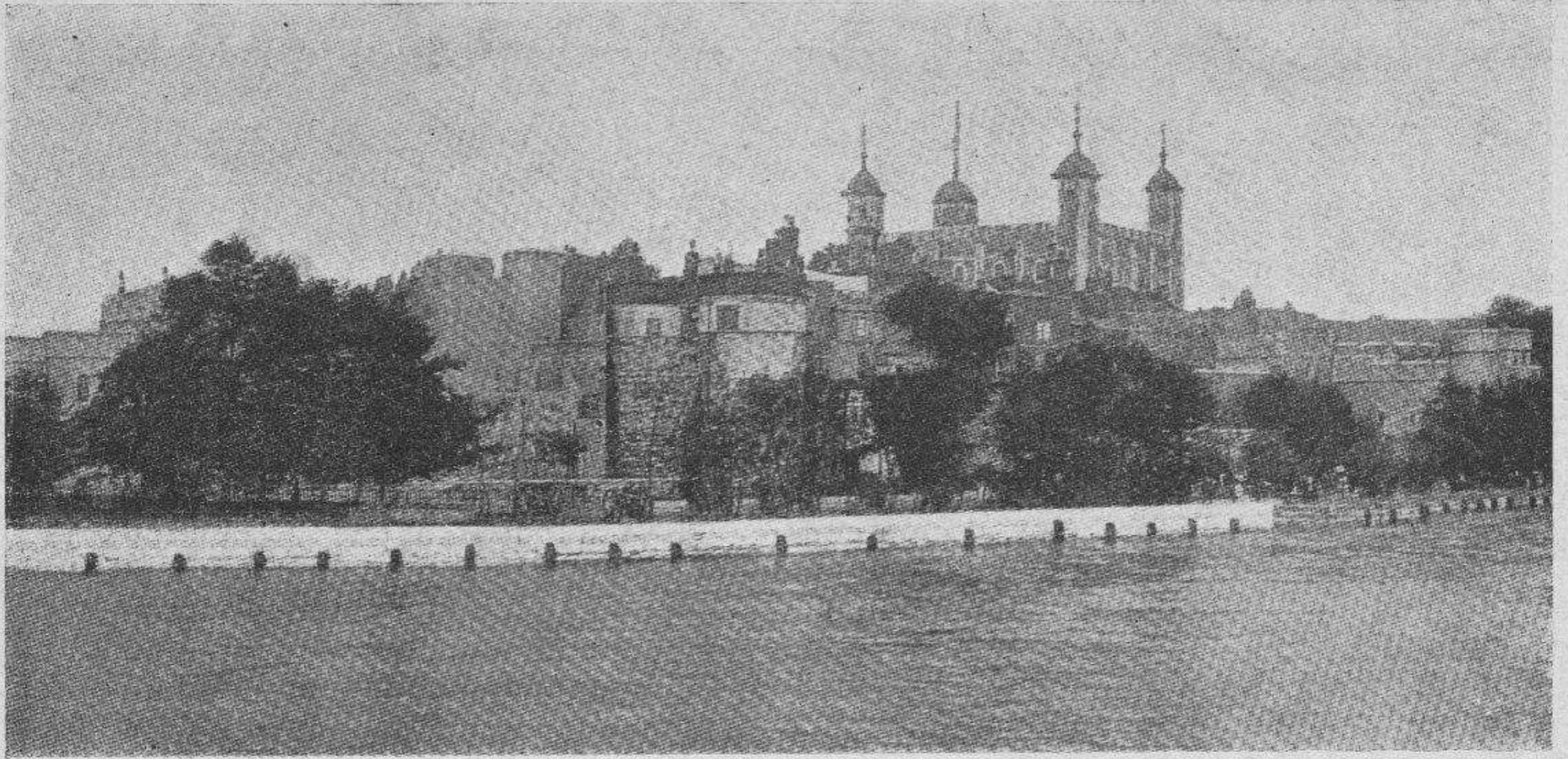


De oír nombrar al venado,
hay marido que se ahoga;
y es su pavor bien fundado,
porque en casa del ahorcado
no ha de mentarse la sogá.

Un soldado de hartos bríos,
muriéndose, así decía:
— Item, es voluntad mía
que los camaradas míos
me lleven en mi ataúd:
á quien quiero se les dé
treinta reales, para que
los beban á mi salud.



Por matar el tiempo, dice
don Ramón que va de caza:
y tiene razón de sobra,
que eso es sólo lo que mata.



La torre de Londres.

Los arcos

Hay entre los arcos y las torres una diferencia sensible, y no me refiero, naturalmente, á la de construcción, pues me dirían ustedes que eso salta á la vista.

Las torres miran á la inmensidad de los cielos; los arcos á la inmensidad de la soberbia humana. Las torres pretenden rasgar el velo de lo infinito; los arcos el velo de la incorregible vanidad terrena.

Las torres son para Dios.

Los arcos son para los hombres.

Todo en idea, en símbolo, claro está; porque, en resolución, arcos y torres suben de la misma manera, merced á la plomada y á la argamasa que une ladrillos, granitos, bloques... apilados por los albañiles.

Esto enseña que por muy simbolista que á uno se le antoje ser, conviene no echar en saco roto los fueros de la realidad.

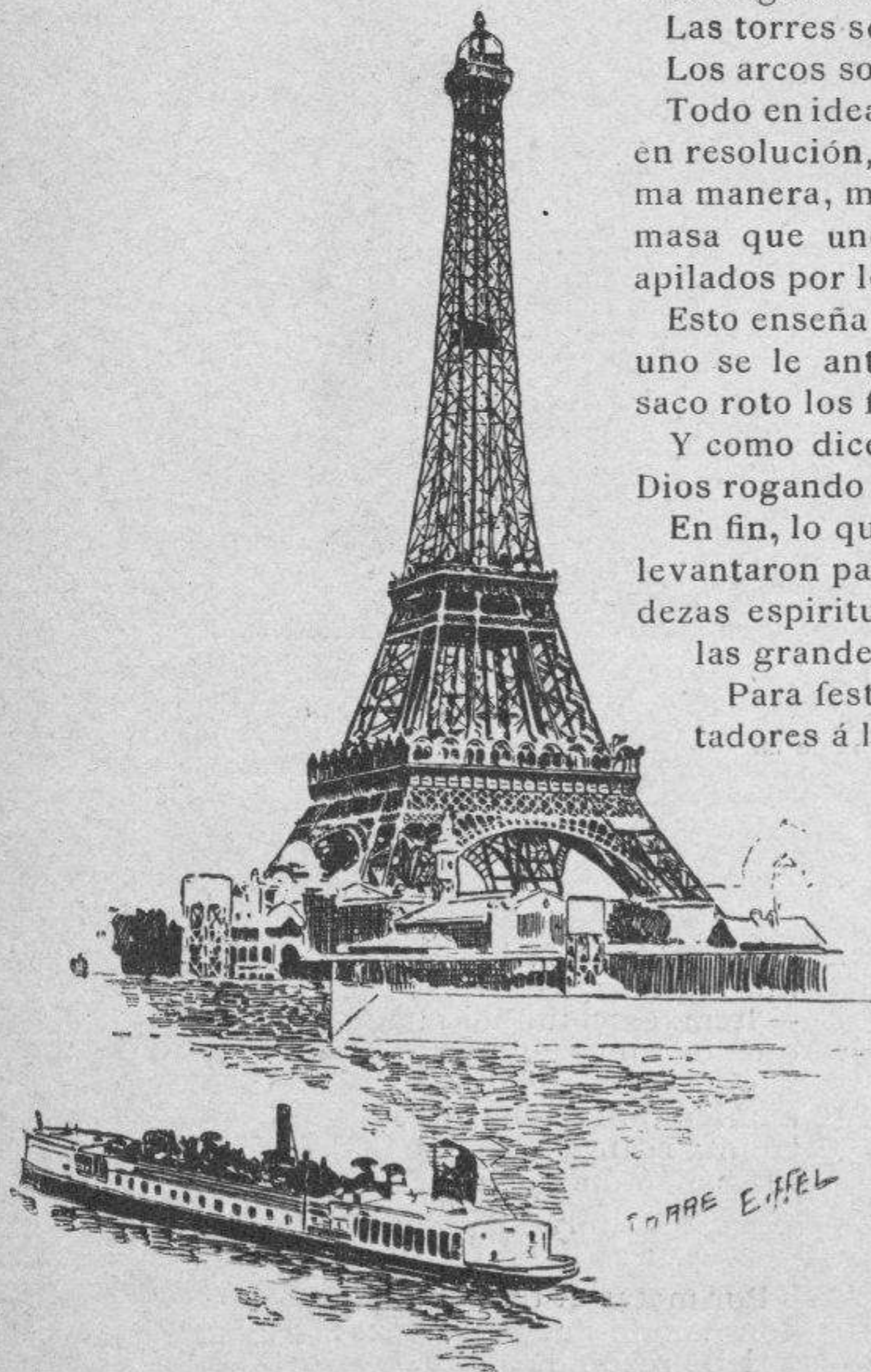
Y como dice el sabio y célebre adagio: «á Dios rogando y con el mazo dando».

En fin, lo que yo digo es que las torres se levantaron para atraer las almas á las grandezas espirituales, y los arcos para recordar las grandezas mundanales.

Para festejar á los tiranos, á los conquistadores á los guerreros victoriosos, y también para celebración de las fiestas de los pueblos conmemorando sus glorias tradicionales.

Así los arcos suelen ostentar en sus frontis, en sus frisos, en sus bajo relieves pasajes de los hechos más salientes del hombre festejado ó de la historia que inmortaliza.

La idea del arco,



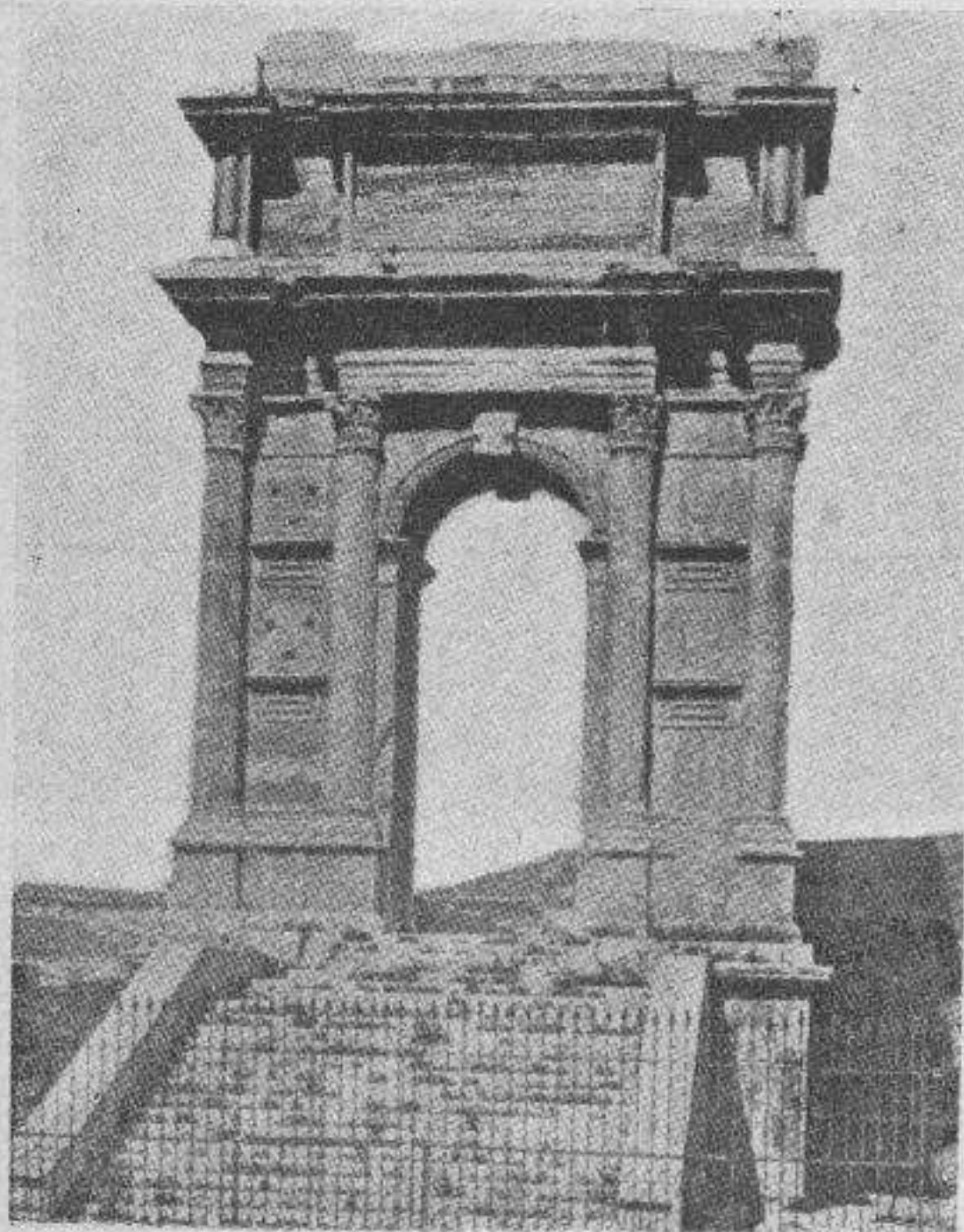
según los eruditos, arranca de la época de Salomón.

Verdaderamente Salomón era un sabio; pero conviene advertir que no fueron propiamente arcos, sino puertas, como las de Tebas y como las de Troya, las que construían los obreros de aquel ilustre.

El arco, tal como le vemos, con todo su esplendor arquitectónico, surgió del clasicismo de Roma, y no fué ni más ni menos que para completar la adoración de la plebe al César. A Napoleón se le dedicó más tarde el arco de triunfo de la plaza de la Estrella, y podría citar



Arco de triunfo en la plaza de la Estrella, en París.



Arco de Trajano, en Ancona.

—¿Y eso qué?— me preguntará algún chusco.

—Pues eso — respondo yo — es muy importante. Supongamos que resulta exacta la apreciación de mi amigo, y tendremos que los yankees no hablarían el inglés, que sobrarían la mar de intérpretes y que nos entenderíamos todos.

Por lo demás, si es verdad que en Nínive no tuvieron idea del arco, que se fastidien los babilonios ó haber nacido después.

Diría mucho más de los arcos, pero el calor y las circunstancias me lo impiden.

Yo desearía ver construído un arco colosal, para pasarme muy fresco á su sombra los veranos.

¿Y ustedes?

PERICO CARDONA



Arco de Sempione, en Milán.

otros muchos casos si tuviera tiempo y gusto, y á ustedes no les importara maldita la cosa mi erudición.

Lo único que contaré, por ser cosa curiosa, y porque rabiaria lo que resta de estío si no lo dijese, es lo que me susurra al oído uno de los que andan á cachetazo limpio con la antigüedad: que los de Nínive no conocieron el arco por culpa de los egipcios (conste que esto no lo invento yo), y que los de Babilonia no hubieran levantado su torre, y por consiguiente, habríanse evitado aquella horrible confusión de lenguas.



— El riesgo es grande, pero cuando la mujer quiere salta por todos los obstáculos

Diario de una casada

(Continuación.)

Octubre, 15.— Decididamente, pasa algo... ¿Qué?... Pues no sé: me es imposible decirlo. Pero que pasa algo no me cabe duda.

Mi marido no es lo que era. Hay en todo su modo de ser algo inexplicable: algo que se transparenta en detalles nimios, en pequeñas gradaciones, en ligeros matices. Quizás en otra ocasión me pasase eso inadvertido, pero en guardia como estoy, desde lo que observé quince días atrás, creo distinguir muy claras esas minucias — si bien ignoro la causa — que indican un cambio en el estado de alma de mi esposo. No es éste el mismo de antes: nó.

Muéstrase, empero, afectuoso, atento, como antes — quizás más que antes — y noto en sus procedimientos un afán por complacerme, que en ciertos momentos me parece un si no es afectado. Me acompaña al teatro dos ó tres noches por semana, pero sale también otras tres ó cuatro solo, pretextando ora

una junta, ora una entrevista urgente, ora la necesidad de ir á tomar notas en el Ateneo ó en el Colegio de Abogados. Y ¡cosa rara!... siempre que sale solito vuelve á casa con una jaqueja horrible ó un dolor de muelas espantoso y se mete en cama con aires de moribundo. El primer día, digo, la primera noche que llegó quejándose y se acostó suspirando, me inspiró gran compasión y me pasé una hora larga á la cabecera del lecho, dándole tacitas de tila y preparándole antipirrina hasta que se quedó dormido. Ahora... ahora ha disminuido bastante mi aprensión, pues veo que al día siguiente de una neuralgia está tan tranquilo y tan contento como si nada hubiere tenido.

Anoche volvió con una muela sublevada. Se apretaba el rostro con el pañuelo y parecía sufrir horriblemente. Digo que «parecía», porque... en fin, no sé.

—Oye, Pepe — le dije — veo que como no

renuncies á salir de noche, no te pasarán esos dolores. Con que te quedas en casita y verás como no te pones enfermo.

—¡Ay! hijita — me ha contestado con acento quejumbroso — puedes creer que si no fuera por las obligaciones que á uno le impone el ejercicio de la carrera, no me encontraría nadie en la calle después de comer.

—¡Bah! — no he podido menos de contestarle con mucha sorna — esas obligaciones que tú dices serán cosa muy reciente, porque lo que es antes no salías nunca de noche... como no fuese conmigo.

Se me quedó parado, y de pronto, sulfurándose, replicó:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir lo que digo: ni más ni menos.

—Es que tus palabras y, sobre todo, el tonillo que gastas parecen ocultar una segunda intención.

—¡Cá! no lo creas: si yo no tengo nunca segundas intenciones. Y créeme, no te sulfurés, porque te va á dar más fuerte la neuralgia.

—Es verdad — me contesta — y te aseguro que no podía venir ese mal en peor ocasión, porque me toca pasar toda la noche trabajando.

Y volviéndome las espaldas ha ido á encerrarse en su despacho. Yo, la verdad, me he quedado perpleja, con cierto remordimiento en el alma, porque si es cierto que sufre jaqueca y tiene que pasar la noche en vela, mi ironía resulta destemplada y cruel. Pero por otra parte, mis dudas son cada vez más vehementes y...

Porque, vamos á ver: ¿á qué vienen esas salidas nocturnas que verifica solo de quince días acá? ... ¿Exigencias de su carrera?... Puede que sea verdad, pero puede que no lo sea.

Pues ¿y esos arrechuchos en la cabeza y en las muelas que le dan á cada dos por tres?... El que no se quejaba nunca y tenía una salud de hierro y un equilibrio físico tan completo, conforme él mismo se complacía en repetir?...

Después de media hora larga de reflexiones y de indecisión, me ha venido una idea: la de acercarme sigilosamente, pisando quedo, á su despacho. He aplicado el ojo á la cerradura y he visto á mi marido

sentado en su poltrona, inmóvil. La luz de la lámpara daba de lleno sobre su rostro, que no acusaba el más leve padecimiento. No tenía la mirada fija sobre sus papeles, sinó vagando en el aire, con expresión vagarosa y en sus labios flotaba una sonrisa satisfecha.

He llamado con los nudillos á la puerta y Pepe ha venido á abrir. ¡Qué cambio de

decoración en su semblante, hoscó ahora y contraído!...

—Venía á ver como te encuentras (creo que mi voz temblaba de coraje).

—Pues lo mismo: sufriendo (esto con sequedad y poniéndose el pañuelo en la mejilla).

—Es un mal muy extraño, pero mucho; porque hace un momento tenías la cara muy satisfecha y sonreías como un bienaventurado.

Se ha vuelto rojo como la grana y con acento rabioso me contesta:

—¿Es decir que me espías ahora?...

—Anda allá, farsante...

Y le he plantado para encerrarme en mi dormitorio.



—Si ahora no me sigue, no sé cómo significarme ya.

(Continuará.)

Por la copia,
JUAN BUSCÓN

La mariposa blanca

Al amigo E. Marquina.

Conozco yo á dos jóvenes felices,
que cuando alegres hablan,
á escuchar sus ternezas viene una
mariposita blanca.
Nunca á la cita de mis dos amigos
la mariposa falta,
y parece que quiere protectora
cubrirles con sus alas.
Cuando en la noche yo trabajo triste
á la luz de mi lámpara,
viene á volar al rededor del fuego
la mariposa blanca,
y yo espantado apago presuroso
la falsa luz que engaña,
temiendo que abrasada allí se quede
la voladora incáuta.
¿Qué será de mis jóvenes amigos
si alguna vez les falta

ese símbolo hermoso de belleza,
divina y delicada?
La mariposa indica la ternura,
la pureza del alma,
amor y juventud, la dulce vida,
los placeres que encantan...
Necesita calor, sonrisas dulces
para vivir en calma;
necesita escuchar de enamorados
palabrería franca...
Por eso, cuando viene, presuroso
apago yo mi lámpara,
temiendo no se abraze allí ignorante
la voladora incáuta.
Por eso siempre que me encuentro á solas,
á Dios pido con ansia,
que no les falte nunca á mis amigos
la mariposa blanca.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



— Me caso. Puso reparos, [dijo que si tuve ó no tuve, pero le hablé de mi dote... y se conformó.

Peregrinación

—Andemos, andemos... Caminantes somos todos de la vida.

—Pero ese fin... ¿tú lo vislumbras?

—¿Qué entiendes por término de la peregrinación?

—El descanso.

—¡Pobrecita mía! El descanso, para tus ideas tristes, es el agotamiento. Morir no es morir, nó; no se muere nunca, no se acaba jamás.

—Estoy cansada; mi fatiga es horrible.

—Siéntate; los árboles dan sombra; el arroyo frescura; muévase y juguetea con blando oro el cefirillo en las hojas; los pájaros saludan á Dios.

—Nó, hermano: cuando me siento en el musgo el cansancio no me abandona; los nervios están más flojos; deseo tenderme, y si me echo... ¿no sabes cómo desearía morir!

—Y dí, hermana: ¿te arrojas sobre el césped con la frente humillada en la tierra ó con la cara vuelta hacia arriba, hacia lo azul?

—Hacia el cielo.

—Y te sientes desmayar... desmayar... muriéndote sin morirte, como si cayeses... en lo más profundo.

—Espera... me parece comprender...

—Claro... tus brazos están caídos; tu cabeza sin fuerza para erguirse sobre los hombros, y todo tu cuerpo como si se clavara en el suelo, como si fuera cavándolo, hundiéndose...



— Los ojos se me cierran ¿qué sucede?

— Es el amor que pasa.

—¡Sí! ¡sí!

—En cambio, tus ojos miran allá muy alto, y miran, miran siempre, sin ver, cavando, (cavando como el cuerpo en la tierra) en las inmensidades de lo infinito.

—¡Sí! ¡sí!

—Y con los ojos vá el pensamiento.

—Va sí; va más lejos aún; pero yo estoy cansada.

—¡Oh, hermana mía!

Tú crees que ese cansancio acaba muriendo.

—Sí, sí, la muerte, quiero la muerte; quiero sentarme en el lecho blanco para no sufrir esta fatiga.

—Eres como los humanos que sólo ven que la muerte es el término de los dolores y de los placeres. ¡Error lamentable! El cansancio que sufres está en el espíritu y no en la materia; porque el cuerpo cansado siéntase á la sombra y se halla luego ágil para seguir su camino. Cuando la materia rinde sus fuerzas á las leyes eternas, el espíritu sigue su lucha, sin que le sea dado cesar en su movimiento inagotable hacia lo ideal. ¿Entiendes?

—Muy obscuro, muy obscuro, pero llega á mi conciencia un rayo de luz.

—Eres salva, hermana, entonces. Ese rayo de luz viene del sol que calienta el alma de la humanidad y que siglos y más siglos buscamos todos.

—¿Luego no descansaré nunca, yo que estoy tan fatigada, tan fatigada, hermano?

—Nunca, nunca, nunca.

—Eso es horrible:

—Horrible nó. Cuando descubras y distingas claramente esta verdad, hallará tu espíritu en lo infinito lo que satisface á tu cuerpo cuando se arrastra por la espesura: árboles ideales que dan sombra; arroyos que refrigeran; oreos de auras en las hojas blancuecinas; pájaros azules que saludan á Dios. ¿Me entiendes?

—Muy confuso todo, los pájaros azules ¿son las almas puras?

—Las almas puras, sí: ves confuso porque empiezan á abrirse tus ojos á la luz; pero no importa, tu venda caerá, tu ceguera no es incurable, entre tanto... andemos, andemos... caminantes somos todos de la vida.

CLAUDIO UGENA



Caprichosa.

Apólogo

DE UN POBRE PASTOR Y SUS JUECES

Era un pobre pastor de ganados
en tierras lejanas,
que quizás por un trono no diera
su choza de paja.

Era un pobre pastor ignorante,
que el tiempo pasaba
conduciendo del llano á la cumbre
las ágiles cabras.

Mas tenía un tesoro en las manos
que el vulgo admiraba:
un extraño tesoro, cual otro
no había en el Asia.

Era un trozo de caña amarilla;
¡un trozo de caña!
El tesoro sin par que quisieran
los mismos monarcas.

Si el pastor lo llevaba á su boca
la caña cantaba;
y ninguno en el mundo había oído
tan dulces tonadas.

Las inmensas llanuras desiertas,
las altas montañas,
el oblicuo volar de las aves
plegando las alas,

el murmullo del viento armonioso
por entre las ramas,
y el continuo chocar de las olas
azules y blancas:

Todo estaba en la caña amarilla
con música tanta,
que era un rey el pastor, porque él sólo
reinaba en las almas.

Y por eso los reyes más grandes
al hombre envidiaban,
que tenía por cetro en las manos
un trozo de caña.

Un invierno muy frío, muy frío
murió en su cabaña
aquel pobre pastor, sin que nadie
supiera la causa.

Pero todos copiar procuraron
la música extraña,
sin que alguna armonía pudieran
sacar de la flauta;

y afirmaron entonces que nunca
sirvieron de nada
ni aquel pobre pastor de ganados,
ni aquel seco pedazo de caña,

LUIS DE ZULUETA

Ríe

Deja á la ingrata realidad del mundo
cubrir de sombras tu serena frente;
deja que ruja el infortunio horrible
sobre la vida.

Mas tú, sereno, con el alma grande
lucha, y arrolla á quien te cierre el paso:
á la desgracia con ardor desprecia;
ríe, filósofo.

Ríe, aunque el mundo tu sonrisa insulte;
ama, aunque el mundo de tu amor blasfeme;
y al amor, en tus lúgubres tristezas,
pídele un beso.

Y aunque las penas sin cesar te abatan
y el infortunio tu existencia agobie,
amando vive, y al morir estoico,
muere riendo.

J. F. LUJAN



— Por allí pasa un ing'és. ¿Cómo me tapo para que no me conozca?

Pensamientos

A menudo el título de una obra decide del éxito de su edición.

❖
Muchos hombres son comparables á una mesilla de noche: un mármol por cabeza, cuatro patas y una... *cosa* bastante fea dentro.

❖
No envidio á los que rien. Se puede vivir sin reir, pero ¡sin llorar alguna vez! (*Becquer.*)

❖
Los que ambicionan vivir sin contrariedades suelen ser desdichados toda la vida.

❖
Mentir es propio de esclavos.

❖
Conocer á fondo el corazón de la mujer es tan difícil, como conocer todas las cosas que guarda el mar en su fondo.



— ¿Por qué habrá dicho aquel inglés, que toma asiento de pista que me dará lo que quiera, si le enseño el juego del aro.



Fot. A. Garrorena.

Para cantares serranos
los que salen entre arrullos,
de las rosas de tus labios.

Mundana

I

—¡Vaya un susto!... ¡que modo de llamar! exclamó Elena, la camarera de Mercedes, sobresaltada al oír el furioso tintineo de la campanilla de la puerta.

Y mientras acudía á informarse de quien era la persona que se anunciaba con tanto estrépito, pensó que seguramente sería algún acreedor importuno, y con tal motivo hizo larga serie de rápidos y sabrosos comentarios y hasta se permitió augurar á su señora, fin desastroso si la Providencia en figura de capitalista mujeriego no se presentaba á pagar recibos y facturas.

No le engañó su presentimiento; porque después de abrir, vió ante sí, la ingrata y sucia figura del carbonero, que ni se descubrió por cortesía, ni mostrábase dispuesto á de-

jarse convencer, como otras veces, con excusas y subterfugios.

El hombre iba á pedir lo suyo; muy cerquita de siete duros que le debía la dueña de la casa. Era justo, que quien pagaba coches y lacayos, pagase también el carbón consumido en su cocina... Todo tiene fin en el mundo y la paciencia del carbonero, túvolo asimismo. Allí estaba y no habría fuerzas humanas que le echasen hasta que le dieran su dinero. Lo cual, fué dicho en lenguaje un tantico grosero, acompañado de gestos que asustaron á la doncella. Esta, instruida convenientemente de antemano, y muy ducha para salir airoso de lances semejantes, agotó el repertorio de frases estudiadas, que con ser contundentes y enérgicas, fueron á estrellarse ante la impasible calma del carbonero.

La señorita estaba enferma... No había cobrado la renta... En el momento no podía pagar la cuenta... tal vez á últimos de mes...

Y el hombre, cansado de escuchar aquella interminable retahíla de súplicas, atajó á Elena diciendo de mal talante:

—Quiero ver á la señorita.

¡Aquí fueron los apuros de la muchacha! Ver á su

ama era imposible... Tenía dada orden terminante de que nadie le molestase, y mucho menos por cuestión de tan poca monta.

—Pues que pague lo que debe.

Trocóse en disputa la conversación, las palabras fueron gritos y los gestos amenazas, y en tan grave aprieto Elena, tuvo que pedir consejo á la señorita, y dejó sentado al carbonero, mientras ella pasaba á celebrar la conferencia.

Volvió al poco rato. «Pase usted á ver á mi ama». Y el hombre sonrió con cierta expresión de malicia y dijo para su colete: «Veremos si cobro ó no cobro...»

II

Pisando sobre alfombras de terciopelo, cruzó el carbonero algunas habitaciones amuebladas con exorbitante lujo, hasta llegar á un lindo gabinete, donde Mercedes,

hallábase tendida en mullido diván. La claridad era muy tenue; la atmósfera pesada y cuasi irrespirable. Aspirábase cierto aroma de nardos y violetas, que repugnó al zafio carbonero, que no se paraba en delicadezas y aborrecía los gustos y las costumbres de las personas ricas. Apreciando la magnificencia del cuarto, al considerar que aquella mujer, por el solo hecho de ser hermosa vivía con holgura mientras él para mal pasar estaba obligado á rudo trabajo, aumentó su encono y se dispuso á decir alguna desvergüenza á la señora, y dicho está, á cobrar á costa de lo que fuese. Mas al incorporarse Mercedes, para ablandar las entrañas del acreedor por medio de halagos y sonrisas, á falta de dinero, el hombre sintió flaqueza en las piernas, opresión en el alma, y frío intenso en todo su cuerpo. Vaciló como beodo en la algidez de la borrachera, y tuvo que apoyarse en el velador chino que adornaba el centro del gabinete, sosteniendo trebejos y baratijas que representaban una suma fabulosa invertida en locos y fútiles caprichos de mujer casquivana.

Aquella señora, aquella Mercedes que tenía el barrio escandalizado con liviandades, aquella joven llevada y traída en lenguas, aquella mujer á costa de la cual hizo tantas frases sangrientas, era su hija, su hija, tal como suena; su hija, la chiquilla que abandonó el hogar paterno, seducida por los halagos que le brindaba el mundo.

Mercedes reconoció también á su padre. El sonrojo de la vergüenza cubrió sus pálidas y enfermizas mejillas.

Ante la severa figura del carbonero, experimentó la mujer algo que no puede decirse con

palabras. Recordó su pasado; vió la casa humilde y pobre donde pasó los primeros años de su vida; vió á su madre anciana desviéndose por cuidarla, prodigándole las caricias más tiernas, vió el hermoso cuadro de felicidad, que ella por impremeditación, por inexperiencia había deshecho sin apreciar su



Descuido delicioso.

Fot. A. Garrorena.

inmenso valor. Comparando la pobreza honrada de la casa de su padre, con el lujo deslumbrador que le rodeaba en aquellos momentos, le hacia daño, le repugnaba. Hubiera querido hacerlo desaparecer por arte de magia...

Durante unos cuantos minutos hubo silencio absoluto. Padre é hija permanecían inmóviles, callados. Ella con la cabeza inclinada sobre el pecho, llorosos los ojos, sin atreverse á chistar; él, altivo, hosca la



— ¡Atrévete, tonto

mirada, esforzándose para no lanzarse sobre su hija y estrangularla.

La crisis del carbonero pasó pronto. Acordóse de la viejecilla que le esperaba amorosa en el chanizo que le servía de casa, y una sonrisa de desprecio vagó por sus labios.

— No tengo hija... Hace mucho tiempo que murió.

Irguióse y anduvo sin vacilar dos pasos para buscar la salida.

Entonces Mercedes de un salto se

puso delante de su padre, cerrándole el paso.

— ¡Perdón! ¡Perdón!

Lloraba. Golpeábase las sienes con rabia.

— ¡Padre! ¡Padre mío!... Soy yo, Mercedes...

— Se equivoca usted, señora... Mi hija era honrada; murió hace muchos años.

No le ablandaron súplicas ni lágrimas. Rechazó á la joven, y pudo ganar la puerta, mientras Mercedes quedaba en horrible desesperación.

Cuando el carbonero llegó á su casa, dijo á su mujer:

— He tenido noticias de Mercedes... Sé que ha muerto... ¡La pobrecilla ha sido muy desgraciada!... Lloremos por ella...

JULIÁN PÉREZ CARRASCO



En el campo. — Sardanas improvisadas.

Oda á España

Traducida del catalán por Rafael Ruiz López.

Escucha España, la voz de un hijo;
te hablo, y mi lengua no es castellana,
te hablo en la lengua que me ha enseñado
mi tierra áspera.

Yo te hablo grave, con el acento
que pocos hijos á ti te hablaron;
te hablo en mi lengua, porque en la otra
te han dicho muchos, aun cuando nunca
de modo franco.

Mucho te hablaron de saguntinos,
de hijos heroicos que por ti mueren.
Triste has vivido, pues tus recuerdos,
tus altas glorias de nada sirven
por ser de muerte.

¿Por qué derramas en rasgo inútil
la hirviente sangre de hermosas venas?
La sangre es vida para nosotros;
la sangre es vida para los hijos
que nos sucedan.

¿Qué se consigue con derramarla
cuando es la sangre de dichas germen?
Ve que esta sangre fecundadora
mata á tus hijos, si de las venas
sale á torrentes.

Trágica eras, siempre pensabas
mucho en tu honra, nada en tu vida,
y tus poetas siempre amorosos,
para cantarte sólo pulsaron
la épica lira.

Tú siempre fiera, grande y sencilla
te alimentastes de honras mundanas,
y son tus fiestas los funerales
de tus valientes y hermosos hijos.
¡Oh, triste España!

Yo vi los barcos marchar rellenos
de aquellos hijos que destinados
á obscura tumba, bajo las olas,
iban riendo, mientras cantabas,
al ver á tantos ciegos valientes,
como una loca.

¿Dó están tus barcos? ¿Dónde tus hijos?
Que te lo digan la ola, el Poniente;
que ellos te digan que ya no hay nada;
que lo has perdido todo en el mundo;
que á nadie tienes.

¡Oh hermosa España! ¡Oh España mía!
Llena de bríos á vida vuelve,
deshecha en triste y amargo llanto
de madre amada que con delirio
á su hijo quiere.

Sálvate, sálvate de tanto daño;
de paz el iris ya brilla alegre;
vuelve á la vida que está á tu lado;
fecunda, viva, llena de fuerzas,
alza tu frente.

¿Dó estás, España, que no te veo?
¿Cómo mis gritos á ti no llegan?
¿Cómo no encuentran eco las voces
de este hijo amante que hasta el peligro
por ti desdeña?

¿Me has olvidado? ¿Ya no distingues
la voz del hijo cuando te llama?
¿Es que te muestras sorda á la queja?
¿Es que no escuchas mi voz potente?
¡Adiós, España!

JUAN MARAGALL

Las pedreas

CAPÍTULO II

Historias. — Dos guerrillas y un fortín. — Simulacro. — Plan victorioso. — Mi prisionero.

Hay en mi pueblo un castillo, que por el año cincuenta y tres conservaba aún su gobernador militar y el destacamento correspondiente. No tenía cañones, eso nó, y sólo el influjo y la exigencia de los caciques sostenía aquel fuero inútil para que los de la ciudad de abajo no rivalizasen en importancia y poderío. Con la misma mano poderosa alcanzóse la declaración de puerto de primera, aunque no se han construído hasta ahora sus muelles, y el emplazamiento de un faro, con su casita inglesa, muy cuca, rodeada de viñedos y de flores, sin que se tenga noticia de que los navegantes hayan visto una sola vez enflar las luces. ¡Verdad es que nuestros políticos vienen castigando, por este y otros procedimientos tan há-

biles, el capítulo de las economías! Así ganaba el farolero gastando el aceite en la cocina de su hogar.

Durante la época de mi narración, el castillo se mantenía en pie, fuertes sus murallas y sus torres, desde la del homenaje hasta la del palacio, construído en la meseta para albergar á los reyezuelos que dependían del Califato de Córdoba. Queda con esto dicho, pues, que la obra de fábrica era árabe, y como tal solidísima. Fué Corte mi pueblo de un reinado efímero del cual dió buena cuenta, si no marran las crónicas, el propio Cid.

Los escolares de Lugo tomaron por campo de operaciones el ala oeste de la fortificación, y empezó el caso de la manera más peregrina, acaban-

do del modo más desastroso y formidable. Como he dicho, las historias guerreras del maestro habían exaltado los cerebros juveniles y la presencia de los uniformados insurgentes nos sugirió la idea de las batallas. Luego se verá como dejamos el trompo por la honda, y como yo, que siempre he tenido inclinaciones pacíficas, contribuí á tan singulares luchas, empeorándolas por un lado y siendo quizás ocasión del fin de aquel último período bárbaro de las pedreas.

Iba al salir de clase á la playa, por tenerme encariñado la soledad y el trato con la Naturaleza. Recostábame sobre las piedrecillas, y me quedaba mirando el mar, que era inmenso, grande, alegre. Cierta tarde ví que, á corta distancia unos de otros, se apedreaban dos grupos, y que dirigían las evoluciones militarmente, (colocados á retaguardia de las guerrillas) dos de mis mejores amigos: Emilio Medina y Jaime Cortul. Dolióme el espectáculo, y creyéndolo objeto de riña, dejéme llevar de mis impulsos generosos, y con ese movimiento espontáneo é irreflexivo de la juventud, determiné mezclarme en la contienda para apaciguar la irritación de los jefes. Medina, que era el más próximo, manifestó que no depon-



Ilusión



— No voy á poder llegar arriba.

— Un esfuerzo, no hagas como mi Antonio, que siempre se queda á la mitad del camino.

dría su actitud, si el otro no le dejaba el paso libre. Avancé tranquilamente hacia el grupo contrario.

—Eres muy valiente, me dijo Cortul estrechándome la mano; pero no vuelvas á hacer eso, porque las piedras el diablo sabe donde van, y aunque no son balas, también duelen.

—Quiero que abracés á Medina.

—Si te empeñas lo hago por complacerte, pero va en ello un empeño de honra. El general ha destacado estas dos compañías para que efectúen un simulacro. Capitán es él y capitán soy yo. El que se apodere del fortín será ascendido á teniente coronel, y el que nó, si ha hecho una defensa brillante de sus posiciones, á comandante.

Quedéme pasmado y confuso; no sabía yo palabra de esta organización militar, y tuvo que ponerme al tanto mi amigo. Antonio Soler, uno de los grandullones del pueblo, á quien yo no trataba ni conocía, formó su bando, y era ya sabido que Mariano Luque organizaba otro, el de los allegados á las ideas rancias y tradicionales. El fortín que debían tomar estas fuerzas estaba en el centro de las dos guerrillas, y era un muro medio derruido á que se subía por una escalera de piedra. Había habido en otro tiempo, no muy le-

jano, cierto depósito de pólvora y municiones allí, y como desgraciadamente hiciera explosión, quedó en ruinas.

Era yo más amigo de Cortul que de Medina, quien me había irritado bastante por la petulancia con que me contestó. Dije al primero:

—Es muy fácil lograr el grado; parece mentira que ni á él ni á tí se os ocurra maldita la cosa en punto á estrategia; así no llegaréis nunca al fortín, pues dada la distancia que hay de cada guerrilla al pie de la escalera, los que suban ofrecerán blanco seguro.

—Razón tienes, y el caso es que arriba está el ayudante reloj en mano y sólo quedan diez minutos.

—No perdamos tiempo: entrégame dos de los que mejor tiren; con ellos doy la vuelta y ataco á Medina por retaguardia. Entre tanto manda que no luchen de frente los tuyos, sinó que operen un movimiento oblicuo, lento, hasta colocarse escalonados de uno en fondo. Esto ocurrirá en dos ó tres minutos, y en seguida notarás en la otra guerrilla, merced á mi ataque y á tu táctica inesperada y no comprendida, cierta confusión y no escaso transtorno. Debes aprovecharte de la sorpresa para subir, llevando un número delante y

otro detrás con todo el acopio posible de piedras. Los demás formarán semicírculo al pie de la escalera y el enemigo quedará atacado por tres puntos, obligándole los de arriba á retroceder. En cuanto hayas escalado la altura vendrán cinco números á auxiliar mis movimientos, y si el ayudante no manda hacer alto te juro que Medina se rinde.

No se habló más. Cortul entendió perfectamente y la maniobra se hizo con toda rapidez y no menos felicidad. Medina vió que me llevaba dos hombres, pero supuso que los había catequizado. Al recibir mis pedradas y ver el avance de la guerrilla opuesta, todos los suyos se agruparon instintivamente, suspendiendo la lucha. Cortul llegó al fortín y plantó su bandera; el ayudante le estrechó la mano y mandó suspender las hostilidades; pero Medina se revolvió furioso contra mí á tiempo que me llegaba el refuerzo. Esto le perdió, porque de arriba empezaron á llover piedras, y cogido entre tres fuegos, no tuvo más remedio que parlamentar. Subimos todos al fortín, y formadas las compañías, el ayudante declaró, después de abrazarme con mucho entusiasmo, que Medina se constituía en mi prisionero de guerra. De este simulacro pueril resultaron varios chirlos y leves descabraduras. No fué cosa mayor ni del otro jueves, y se pudo sin grandes ansias restañar la sangre de las heridas y

vendar con pañuelos á los más necesitados. Hube de contemplar á algunos de ellos con verdadera lástima, pues tenía para mí que era indudable que por toda cruz y recompensa alcanzarían un soberbio pie de paliza, luego que sus padres les vieran entrar tan mal parados en sus domicilios. De las consecuencias jurídicas no hay que mentar palabra, pues sabido de todos es como se han tolerado, con abandono injustificable, las pedreas, hasta en los centros populosos. De mi pueblo debo consignar que, el muy ilustre Ayuntamiento no poseía más agentes que un pregonero y un alguacil, sin contar la media docena de guardias rurales, que por ser rurales, naturalmente, no eran urbanos, y que no podían impedir, por tanto, que nos rompiésemos el bautismo, cuando nos viniese

en gana.

Al retirarnos del fortín, objetivo de la lucha, me dijo Cortul:

—Mañana te presentaremos al general.

Acepté gustoso; Medina dió su palabra de que me acompañaría y quedó en libertad. En el capítulo siguiente reseñaré, por ser curiosa, mi entrada en el campamento: un campamento de mentirijillas, guardado con formalidad ridícula por los chiquilicuatos de la escuela.

CLAK



Leyendo: Satisfaré todos sus caprichos si V. me lo manda...
Una, que interrumpe picarescamente: — ¿Todos?

La fuente oculta

¡Cuántas veces, en medio de un camino seco y duro, ardoroso bajo el fuego de un implacable sol, hemos hallado el rincón misterioso! — Ufanamente nos salen al encuentro frescas hojas sobre las duras piedras rebosando; es una hermosa mancha verde, en medio de la senda empolvada. Aquí, las hierbas jugosas y lozanas; la sedosa alfombra de los musgos; el arbusto de frutas rojas como el fuego; y todo hundiéndose en lo oscuro, prometiendo intrincados misterios de verdura, apacible silencio, húmeda alfombra al abatido cuerpo. ¡Con qué inmensa ternura saludamos desde lejos enjugando la frente, aquel bendito rincón misterioso!... Caminantes favorecidos del Señor, yo os ruego que no olvidéis, al reposar, que todo lo debéis á la maga de aquel sitio; á la invisible fuente, que va haciendo su trabajo con calma, gota á gota, dando toda la savia de sus venas á la tierra sedienta y, bien hallada, de vivir entre el lujo de sus obras... ¡La hermana del poeta! — Bendecida de Dios, le va ayudando suavemente en la obra misteriosa de la Vida.

E. MARQUINA

CURA RADICAL

por Xauradó.

Sátiras y azotes



1 — Tuve una mujer histérica. Si la contrariaba, ataque seguro.



5 — Y lo mismo era presentarse el síncope, que silbar yo un aire nacional.



2 — Mi casa era un infierno. ¡Qué de gritos! ¡Cuánta confusión!



6 — El efeto fué sorprendente...



3 — Sin contar con lo que me apuraban los maldicidos ataques.



7 — ¡Nada! Que se acabaron los ataques nerviosos.



4 — Hasta que un día dije: ¡qué demonio! Ya estaba harto.



8 — Y hoy... me río de las histéricas!

¡Hombre, me parece muy simpático ese señor Barbier con su protesta viril! Nó, no es uso y costumbre en los tiempos calamitosos que se nos han venido encima dar bonitamente con dignidades y mercedes en las narices de un pueblo... casi déspota, ó déspota por equivocación. Barbier se figura, como yo me lo figuro, que, equivocado ó nó Zola, la conducta de éste es noble, y la nobleza debe ser aplaudida ó respetada. El ilustre novelista, una de las mayores glorias (si no la mayor, que en la época presente fuera el caso discutible) de Francia, es espíritu grande que ama á su patria como los espíritus superficiales no saben amar. Lo ha demostrado en su laboriosa carrera, mejor, por ejemplo, que esos señores catedráticos de la Gironda, ofreciéndose en función de desagravios contra un compañero que ha osado también hablar libremente con arreglo al dictado de la conciencia, de... (¡aventurada es la cita!) de la libertad, y de... (¡dale!) de ¡ciertos predominios que pueden malograrla; de... esa ráfaga de imposiciones; de... (¡Cristo, qué duro de roer es el hueso!) de resurrección cesárea de fuerzas que se han desatado sobre los pueblos como los huracanes.

¡Uf, qué calor! No sé si ustedes lo han entendido, pero yo sudo.

Pues bien, sin meterme para nada en el objeto de la condena, repito con Clak que es abominable ver como

resurgen los odios de raza, y que este final de siglo está siendo desastroso. Empezó con guerras, con infamias, con injustas conquistas, con luchas heroicas, y si Dios no lo remedia, ¿cómo va á concluir? ¿No decíamos que era el siglo de las luces? ¿Del progreso? ¿De la justicia? Pues ahí tienen á Norteamérica que se desata y... ¡zás!

Hablemos de los franceses. ¿De qué han servido las predicaciones de sus filósofos, aquellos que desde el siglo XVIII vienen pregonando cosas tan santas como la Razón, el Amor y la Verdad? Ya se acaba de ver. Unos señores catedráticos humillan y rinden la independencia, la libertad, el sagrado de la cátedra. En las postrimerías de siglo y en la República francesa, debería estar la enseñanza al abrigo de todo formulario, de toda preocupación. ¡Que no enseñen el Mal los catedráticos, que pregonen y defiendan el Bien y considéreseles inviolables en su fuero!

Los autores tienen también su cátedra en los libros.

Y acabo con una verdad de Pero Grullo: después del siglo XIX viene el siglo XX. No podrán oponerse á la sucesión del tiempo los espíritus ruines.

TIRÓN



El próximo número será el correspondiente á los baños, con dibujos preparados á propósito.

Conste una vez más que no olvidamos los constantes y crecientes favores que nos dispensa el público, y no perdonamos medios ni sacrificios para corresponderle y agradarle.

Hemos recibido la guía que publica mensualmente el administrador principal de correos, señor Primo de Rivera.

Contiene datos utilísimos y las alteraciones que en el servicio, por virtud de las circunstancias, se hacen.

Este elegante folleto debe figurar en todos los despachos.

Y como lo cortés no quita á lo valiente, después de dar las gracias por el envío, repito al señor Primo de Rivera mis quejas por lo mal que se nos atiende y se sirve al público.

No pasa día sin que recibamos cartas de nuestros suscriptores, dándonos cuenta del extravío de los números, y lamentando que no evitemos la continua irregularidad.

Irregularidad que por lo frecuente, viene á convertirse en regularidad; y eso, señor administrador, pasa de castaño obscuro. Así no es posible que haya correspondencia entre una empresa y el público, y á su buen criterio dejo el considerar los perjuicios que se nos causan.

Ocurre más: que no sólo se pierden nuestros envíos, sino los que se nos remiten. Tenemos cartas que será curioso publicar para que se vea que no nos quejamos de vicio.

Finalmente, creo que con un poco de voluntad, podrían remediarse todos estos daños y así ruego al señor Primo de Rivera que se tome interés y adopte las medidas convenientes.

- ¿Es usted católico?
- No, señor.
- ¿Protestante?
- Tampoco.
- ¿Racionalista?
- ¡Quiá!
- ¿Pues qué es usted?
- Cabo segundo.

Un primer galán se presentó al público de Sevilla con «La Vida es Sueño».

El auditorio silbó y el actor dijo:

—¡Qué brutos! ¡silbar á Calderón de la Barca!

El simpático dibujante don Eduardo Sánchez Hermúa (*Mechachis*), ha fallecido en Madrid.

Muy de veras lamentamos la pérdida del ilustrado caricaturista, á quien tan buenos ratos debe el público.

—Vamos, ¿te quieres casar con don Homobono? Es rico y no feo.

—Sí, pero ¿cómo me las voy á gobernar con un hombre que me dobla la edad? Yo tengo veintiún años y él cuarenta y dos.

—¿Y eso qué importa?

—¡Friolera! Cuando yo tenga cien años, el tendrá ya doscientos.

Un estudiante que encontró á un molinero montado en su asno, le dijo con aire burlón:

—¿A dónde vais los dos?

—A buscar forraje para los tres, contestó el molinero.

Tiene mi amada Isabel,
No lo tome usted á broma,
Una madre de Luzbel;
Ella es paloma sin hiel.
La madre... hiel sin paloma.

Dos amigos departían amigablemente sobre varios asuntos. El uno estaba muellemente sentado en una butaca, y el otro tendido en el sofá.

—Desengáñate, querido.—dijo el primero,—en el mundo lo que hay que buscar primero es una buena posición.

—Pues yo ya la he encontrado,—contestó el otro.

—¿Cuál?

—¿No la ves? *La horizontal.*

CHARADA

El *primera* con *tercera*
á todos suele gustar,
en *primera* con *segunda*
población encontrarás,
en *segunda* con *tercera*
montañas nunca verás
y ser odiado por todos
sólo merece el *total*.

A. SÁNCHEZ CARRERE.

Tercio silábico

*** ** **
 ** ** **
 ** ** ***

Substituir las estrellas por letras, de forma que vertical y horizontalmente, se lean, 1.^a, oficio, 2.^a, nombre de mujer y 3.^a, otro nombre de mujer.

APOLONIO PÉREZ CARRASCO.



Rombo logográfico

S A N T O
 4 2 3 2 2

Combinar estas letras de manera que repetidas tantas veces como indica la cifra que hay debajo de cada una, se forme un rombo en que se lea: 1.^a, línea vertical y horizontalmente-consonante; 2.^a, enfermedad; 3.^a, en música; 4.^a, divinidad y 5.^a, consonante.

K. MARÁ.



Cuadrado

● * ●
 ● ● ●
 * ● *
 ● ● ●
 ● * ●

Substituir los puntos y estrellas por letras, que leídas, las de puntos diagonalmente, resulten: 1.^a, ciudad; 2.^a, emperador; en la 1.^a línea vertical y horizontalmente, de puntos y estrellas: comestible; en la 2.^a, juguete y en la 3.^a, pronombre posesivo.

P. LUQUÍN.



Jeroglífico Comprimido

VENUS

VI

A. SÁNCHEZ CARRERE.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADAS: Saeta. — Afinador.

PROBLEMA ARITMÉTICO:
$$\left. \begin{array}{r} 8534 \\ 3485 \\ 4853 \\ 5348 \end{array} \right\} 20.$$

LOGOGRIFO: Carmen.

SALTO DE CABALLO:

Sólo una estrella entreveo
 en el negro firmamento;
 ¡la estrella de la esperanza
 que alumbra todo tormento!

CHARADÍSTICO: T I
 N I
 E
 B L A S

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Asia á un lado.

Correspondencia

F. S. — Diré á usted. Primero: que en esta redacción no se conoce ese feudalismo de que habla; antes bien, nos gusta respetar todo lo que viene con sello limpio y claro de ingenioso, y transigir con la juventud entusiástica... y estudiosa. Abrimos la mano cuanto nos es posible, pero no del todo, porque entonces ¡bonita íbamos á poner la literatural! Segundo: no soy mogigato, pero sí exigente en ciertas manifestaciones de la cultura, y sin tener, yo se lo aseguro á usted, sin haber tenido jamás tendencias á la mogigatería, le afirmo que ciertos atrevimientos del que usted me cita me parecen de muy mal gusto... en arte, se entiende. Lo que quise decirle es esto: que lo que ha de tener el chiste es intención, y luego gracia y además ser como el oro, de buena ley: es muy fácil abusar de las acepciones vulgares, ó de la índole familiar del idioma; lo otro es más difícil. Se expone uno en el primer caso á decir una insustancialidad ó una indecencia, y parecer á todo el mundo más grotesco que gracioso. Tercero: le ratifico mi opinión en lo tocante á sus versos; por ahora no puedo asegurarle que los publique, y estimaría que probase á mandarme otra cosa. Lo dicho anteriormente no es juzgar sus chistes, sinó contestar á lo que usted expone en su carta. Y cuarto: figúrese usted que este periódico, que quiere ser muy literario, es como una reunión de personas cultas donde se procura pasar agradablemente el rato; donde se admiten conversaciones serias y festivas, y donde todas las agudezas, sin traspasar los límites de la salsa picante, por mucha intención y muy subidas que se expongan, son celebradas.

Ah, y no dude usted que Jacinto O. Picón no piensa ni puede pensar de otro modo, en materia de arte.

J. X. — Van algunos cantares.

Mac - Kinley. — Quisiera aprovecharlas, pero los asuntos son muy trillados, y, es lástima, porque no lo hace usted mal del todo. Mande otra cosa, si gusta. Su artículo no acaba de agradarme.

D. A. B. — El símbolo hay que manejarlo con mucha habilidad, para no caer en lo cursi.

Fray Pacorro Francésquez. — Estoy de acuerdo con usted: la enseñanza es mala, muy mala, pero eso no quita para que se estudie. Usted, por ejemplo, que es joven, puede empaparse en buenas lecturas, educar el oído, para evitar asonancias y cacofonías y darse un buen atracón de Retórica y Poética. Los versos que remite tienen intención pero la forma es detestable, por desgracia.

A. D. P. — No versifica usted mal, pero los asuntos ¡ay! son caseros.

Juanín. — Creo que tengo una fiebre de cuarenta grados después de haber leído sus versos. ¡Por caridad! Tenga usted en cuenta que estamos en verano.

El ratoncico Pérez. — Bien podía usted dedicarse á ratón de Biblioteca en lugar de molestarnos tanto en tonto.

Dorotea. — Gracias por su amabilidad. Por correo remito los datos pedidos. ¡Ah! y conste que usted no puede molestarme nunca.

Cascarillas. — Su artículo á más de malo es interminable. Necesitaría dedicarle todo el número, sin grabados ni anuncios para publicarlo.

A. T. G. — Le contestaré dentro de unos días. Estoy muy atareado y no he podido dedicarle el tiempo que necesito.


E. de L. — Aunque no es publicable, en mi concepto, le juro que no me disgusta del todo. Se ve que tiene usted facilidad. Fíjese en que ceja se escribe así, con jota, y coja lo mismo.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba
las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonno, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuído á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.**



20 cénts.

Núm. 404

